

SEMANARIO CATOLICO

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA

Consagrada á la Virgen María, Madre de Dios
y Madre de los hombres

Núm. III.

Alicante 6 de Abril de 1901.

Año III.

SUMARIO

Resurrexit sicut dixit, por A. Cremades y Bernal.—Resurrexit, por Filomena de Thous Moncho.—Resurrección, por Mario.—María en la resurrección, poesía, por Isabel Cheix.—Legalidad de las comunidades religiosas.—Misceláneas.—Sección religiosa: Cultos.

Resurrexit sicut dixit...

Hay una palabra cuyo poder se extiende sobre los acontecimientos y cuya permanencia supera el tiempo; una palabra que es luz para la inteligencia y fuego para el corazón; que ordena el caos, da la existencia á lo que no es, anima á lo que dejó de ser y destruye cuanto se agita y vive sobre la tierra; que manda á los elementos y dicta leyes á todos los cuerpos; que hace felices á los bienaventurados y confunde á los réprobos; cuyo eco se repite desde las mansiones celestiales hasta las mazmorras del infierno, desde el espacio en que giran las estrellas hasta el último lugar de nuestro planeta; una palabra, en fin, que es palabra de vida eterna.

Los sucesos se preparan, se desarrollan, se verifican y pasan; el tiempo muere, los pueblos se borran de la memoria de los hombres, apenas han desaparecido de la superficie de la tierra; los tronos más robustos se derrumban y perecen, como enterrados por una fuerza enorme en los abismos del pasado; sucumben las instituciones humanas más grandiosas y lo que en ellos es principio de su organismo y de su existencia es al propio tiempo la causa de su ruina y de su muerte.

La sociedad actual, que tan orgullosa de sí misma se muestra, ¿qué otra cosa viene á ser que un vasto edificio levantado sobre las ruinas de los tiempos anteriores? ¿Y qué ofrecen sino lecho de ruinas y escombros los pueblos de hoy á las sociedades que han de sucederles?

Sólo una cosa permanece y perjurará sobre los acontecimientos y sobre los tiempos: la palabra de Dios, que es inmutable como su esencia y, como su existencia eterna; la palabra de Dios, que fué, es y será; hoy como ayer, mañana como ayer y como hoy.

Por eso, aunque los vientos de la impiedad arrecien y amenacen en tumulto las pasiones, aunque conspiren unidas las furias del Averno y choquen entre sí las fuerzas de la Naturaleza y se desquicie el mundo y hasta los cielos parezca que abandonan el cetro de la justicia; aunque la contradicción asiente su imperio entre los hombres y corra la virtud á esconderse en las tinieblas y se eclipse el sol de la verdad: la palabra de Dios se sostiene incólume en medio del universal desorden, triunfa de todas las asechanzas del enemigo, desbarrata los cálculos más exactos de la humana inteligencia, vence al monstruo, humilla á la soberbia del hombre y al orgullo del poder, de la riqueza y del talento y luce tanto más espléndida y brillante cuanto más impetuosas y terribles son las fuerzas que contra ella se levantan.

¿Qué pudieron contra la palabra de Dios la hipocresía de los orgullosos fariseos, la perfidia del discípulo avaro, la debilidad del gobernador romano, las iras del populacho soez, la crueldad de la soldadesca, el refinamiento monstruoso de los tormentos que inspiraban un odio y un rencor infernales; contrastando con la humildad de la víctima, la cual gemía en desamparo de todo auxilio humano y hasta divino; con la docilidad con que se sujeta á todos los sufrimientos, con la resignación con que sufre todos los ultrajes, con el amor con que paga tantas iniquidades?

Se apagaron las venganzas, enmudecieron las muchedumbres, dejó de ser agitado por el odio del corazón de los príncipes de la Sinagoga, perdieron las calles de Jerusa'én aquella infernal animación que as turbas les prestaran, disipáronse los temores de los magistrados, secaron sus lágrimas las piadosas mujeres, dió paz á su brazo el feroz verdugo y la Naturaleza misma, que en horrorosas convulsiones había llorado la muerte del Justo y cuyo desorden momentáneo y sin-

gular había publicado por los ámbitos del mundo la muerte de un Hombre Dios, recobró su placidez; serenóse su faz y emprendió de nuevo su marcha en el orden más perfecto. Por encima de aquellos trastornos, la palabra de Dios tuvo exacto cumplimiento: Jesucristo, triunfador del pecado y de la muerte, resucitó, como había anunciado, por su propia virtud. He aquí el hecho que encierra las más profundas enseñanzas y en el que resplandece con los más brillantes destellos la ley eterna de amor que, olvidada por el hombre, á quien había sido impuesta, fué recordada con la palabra y con el ejemplo por el Salvador del mundo.

Formada Eva del costado de Adán, era á él semejante; nació la Iglesia del costado abierto de Cristo Jesús y es imagen de su divino Fundador. Prometió éste á su Iglesia que estaría con ella hasta la consumación de los siglos y la palabra de Jesucristo es la palabra de Dios que no puede faltar, y la promesa divina se cumplirá hasta el límite de los tiempos y mientras el tiempo exista, mientras se cuente el tiempo hasta la supina de sus divisiones.

En vano tratarán los impíos de destruir el secular edificio, vanos serán los esfuerzos de las sectas por hacer desaparecer esa institución augustísima; aunque la insulten y la desprecien, aunque la injurien y abofeteen, aunque la escarnezan y despojen y echen suertes sobre la túnica inconsútil de su santidad y perfección; aunque azoten sus espaldas y ciñan su frente con coronas de espinas y echen sobre sus hombros la cruz de la ignominia; sobre las pasiones de la muchedumbre, contra el poder de las instituciones apóstatas del siglo, sobre las ruinas morales de la revolución, apesar del abandono en que la dejan los cobardes, de la frialdad con que le defienden los tímidos y no obstante la traición de algunos de sus hijos, la Iglesia de Cristo resucitará gloriosa de enmedio de las miserias terrenas y se cumplirá una vez más la palabra eterna.

Si Jesucristo murió como hombre, también resucitó como Dios; si la Iglesia padece persecución en la persona de sus ministros, también triunfará en sus doctrinas, porque los hombres y las cosas pasan, pero la palabra de Dios subsiste y dura para siempre.

A. CREMADES Y BERNAL

Alicante, Abril de 1901.



RESURREXIT

¿Qué ocurre? ¿Por qué hay tan inusitada alegría?

Las campanas de los templos con sus alegres tañidos, parece como que nos indican la conmemoración de algún hecho extraordinario, glorioso, y los fieles ayer tristes y como sumidos bajo tétrica y dolorosa impresión, dejan su dolor y tristeza y lanzan alegres cuanto sentidas exclamaciones hijas del más vivo entusiasmo, del más tierno y puro amor.

¿Qué ocurre? La palabra con que encabezamos estas líneas nos lo dicen de un modo claro, terminante y que no deja lugar á duda: Resucitó como lo dijo, esto es, Jesucristo prometió que si destruían su Templo, lo reedificaría en tres días y así fué. Tres días estuvo su benditísimo cuerpo en el sepulcro y su alma se encontraba visitando el Limbo ó seno de Abraham, y al tercero volviendo á unirse ambos, voló á los cielos en donde tiene su trono lleno de gloria y majestad á la derecha del Eterno Padre.

Este hecho evidentísimo y que nadie puede negar es de importancia suma ya que es él sólo prueba irrecusable de la divinidad de nuestra sacrosanta religión. Justificado es, pues nuestro regocijo, natural y legítima causa reconoce nuestra alegría...

¡Ah, si los impíos pudiesen rebatir tan memorable hecho, qué fiesta tan monumental se celebraría en la profundidad de los infiernos!

Pero no es posible, está por medio el testimonio de los Apóstoles, con la multitud de milagros que obraron en confirmación de esta verdad, el gran número de conversiones verificadas por esta causa y sobre todo la testificación de los mismos judíos que confiesan que Cristo fué muerto en la cruz y sepultado en un huerto, que pusieron centinelas de vista para guardar el Sepulcro y no obstante resucitó.

Pero ya que no les es posible negar tan glorioso hecho, ponen de su parte cuantos medios pueden para desvirtuarlo por medio de sanzonetas ridículas y de pésimo gusto vertidas en la prensa impía, en las cátedras, en los clubs y en reuniones públicas y privadas, pues para hablar en contra de la religión católica y de sus dignos ministros es para lo único que hay libertad en esta desgraciada España, digna de mejor suerte.

Trabajo inútil los que tal pretenden; el hecho de la resurrección es

cierto, certísimo y las invectivas y furiosos ataques de esos desgraciados se estrellarán sin fruto contra las arraigadas creencias del inmenso número de católicos que cuando más dispersos y perseguidos se encuentren y carezcan de templos y altares en donde conmemorar tan solemne fiesta, levantarán un altar en su corazón y exclamarán con toda la fuerza de sus pulmones:

¡Resurrexit sicut dixit!

FILOMENA DE THOUS MONCHO.

Ben'sa.



RESURRECCIÓN

La Iglesia se despoja de sus vestiduras de luto, se desciñe el cilicio de la penitencia, se adorna con sus mejores galas, se entrega á espiritual regocijo, y con cánticos de alegría llama á todos los fieles á que celebren la mayor de las solemnidades cristianas en conmemoración del gozosísimo misterio en que estriban toda nuestra fé y nuestra esperanza toda. Y porque Cristo, Señor nuestro y Víctima de nuestros pecados, resucitó verdaderamente, prorrumpe en aclamaciones de júbilo, que en una misma lengua repiten todos los creyentes, esparcidos en las cinco partes del orbe. ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

La resurrección de Cristo es como sello que puso remate y dió término á la obra de nuestra redención. Estando anunciado que Cristo había de morir y resucitar al tercero día, si Cristo no hubiese resucitado, el muerto no hubiera sido el verdadero y prometido Mesías Cristo Dios, y la redención no estaría hecha. Mas Cristo murió y resucitó, conque El pasó de la ignominia al triunfo, y nosotros volvimos del pecado á la gracia, de la muerte á la vida, del apartamiento á la amistad, coincidiendo en un mismo punto la manifestación de su gloria y la prenda de nuestro bien.

De manera que hubo para Cristo resurrección física, y para nosotros, resurrección espiritual, y pues la eterna sabiduría, que abarca todas las cosas fuertemente y las ordena todas con suavidad, dispu-

so que tan dulcísimos misterios se obrasen en los comienzos de la primavera, coincidió con ellos la resurrección de la naturaleza, como para darnos á entender con su ejemplo que cuando Cristo resucita todo es resurrección, y para que prorrumpe á su modo en nuestras mismas aclamaciones de júbilo y alabanza.

Sí; con el autor de la vida todo es resurrección. Y así como mientras habitó entre nosotros volvía la salud á los enfermos, la vista á los ciegos, el movimiento á los paralíticos, el habla á los mudos y la vida á los muertos, y, muerto El, por su propia virtud resucitó, que fué mayor prodigio que todos los otros, amén de perdonar los pecados por propio poder, que era todavía más que volver la vida á los muertos; ahora que está en los cielos, sentado á la diestra del Padre, no deja de ejercer con nosotros los mismos oficios. El, y sólo El, es el remedio único de todos los males: y Rey de los almas y dueño de la naturaleza, obra desde su trono de gloria los mismos prodigios que en su peregrinación por la tierra. Ahora, como entonces, no quiere sino que se los pidamos, y basta volverse á El con ánimo sincero y decirle con toda el alma: *Jesús, mírame y ten compasión de mí*, para que vuelva aquellos ojos, que son esplendor de la gloria, y apiadándose de nuestra miseria, trueque en vida la muerte, y mude en bien el mayor mal.

¡Cuánta misteriosa resurrección se obra cada día alrededor nuestro por la virtud de Jesucristo y de sus infinitos méritos, sin que apenas nos demos de ello cuenta, y de que no nos la daremos cabal hasta el día tremendo del postrer juicio, en que todo ha de verse y decirse, y todo quedar claro á los ojos de todos! En tanto que llega ese día, en que por los merecimientos de nuestro amabilísimo Redentor espero verme á su derecha, entre los benditos de su Padre, con todos los vivos y muertos á quien amo, con todos los que me han amado ó me aman—y ¡ojalá fuera con toda humana criatura, porque á todos amó en quien á todos nos redimió!—en tanto que llega ese día no está inactiva la omnipotencia de la divina gracia y, por la resurrección de quien nos la recobró, continuamente estamos resucitando para ella.

¿Cuándo podremos, mejor, que en estos días y este tiempo, valer nos de la virtud de este misterio y seguir las inspiraciones que sugiere? Por la gloriosa resurrección de Cristo, Señor nuestro, resucite el lascivo para la castidad, el airado para la mansedumbre, el avaro

para la largueza, el soberbio para la humildad, el tibio para el fervor, el incrédulo para la fé, y todos todos, para la caridad de Cristo, mal correspondida, cuando no rechazada, por nosotros, pecadores.

Empléese cada cual en pedir esta resurrección, porque dicho está que quien pide, recibe, y cada cual conoce cómo y por qué debe pedir. Pero además de ésta, que podríamos llamar resurrección individual, que ha de pedirle cada uno, todos los que nos decimos seguidores de Cristo pidamos resucitar para lo que más necesitamos en la vida pública y en la acción política; pidamos resucitar para el amor de hermanos, pidamos resucitar para la caridad de católicos, pidamos resucitar para la unión de los entendimientos y los corazones, renunciando á las opiniones falsas quien las sustente; al odio, quien se abraza en el, y á meras antipatías, quien por tan poco motivo viva en la enemistad. Todos los que alardeamos de profesar la misma fé unámonos en la misma acción, luchemos compactos por alcanzar el mismo fin y procuremos restaurar en nuestra desventurada patria aquel amor de Cristo que la hizo poderosa, porque sólo mediante él la veremos levantarse de su abatimiento y adquirir nueva grandeza, vencer á la muerte y resucitar.

MARIO.



MARÍA EN LA RESURRECCIÓN

*Regina Coeli lactare.
(Alegraos, Reina del Cielo.)*

I

Era de la alborada
la misteriosa hora,
en que el primer reflejo
de la naciente aurora,
ilumina suave
el firmamento azul,
y vagas y perdidas
en cándidos celajes,

nubecillas ligeras,
como leves encajes,
dan al Oriente velo
de transparente tul.

De vaporosa niebla
envuelta en el sudario,
sin recordar la Sangre
vertida en el Calvario,

tranquila en su victoria
dormía Jerusalén,
cercada de jardines
y de aromadas flores,
no recordando—¡ay triste!—
las penas, los horrores,
que amenazando estaban
su terrenal Edén.

La estrella precursora
del alba, aparecía
radiante, hermosa y pura,
vertiendo de alegría
tesoros con sus rayos
de mágico fulgor,
y mil veces más bella
que el astro de consuelo,
sola, con sus pesares,
envuelta en blanco velo,
una mujer lloraba
absorta en su dolor,

Era la Madre amante,
la Madre desolada,
sin quejas en los labios,
sin luz en la mirada,
desgarrado su pecho
de horrible padecer,
que al ir hacia el sepulcro
donde Jesús yacía,

sucumbiendo á tan larga
cruelísima agonía,
al pié de un viejo olivo
sin fuerzas fué á caer.

Y sola en la campiña,
cual ave en el desierto,
á través de su llanto
mirando estaba el huerto
do el hijo de su alma
sepultado quedó.

¡Ay, Madre sin ventura!
¡Ay, lirio deshojado!
¡Cuánta mortal herida,
su pecho traspasado,
en la Pasión cruenta
humilde recibió!...

En su angustiosa duelo,
á veces anhelante,
miraba alrededor suyo
buscando quien, amante,
llorase como ella
al mártir de la Cruz;
mas nada se veía,
y apenas se escuchaban,
perdidas en las hojas,
las brisas que vagaban.
¡Solamente María
velaba por Jesús!

II

Ya de leve arrebol puro y suave
se iba tiñendo el resplandor del alba,
y las nubes sus mágicos perfiles
con oro dibujaban,

Ya las flores bordadas de rocío,
al sentirse mecidas por las auras,
misteriosas leyendas de otras flores
temblando recordaban.

Mientras, dejaban el templado nido
las aves, y reunidas en bandadas,
con armoniosos trinos al Eterno,
cuando saludaban.

Ya la ciudad deicida, su hermosura,
cual perezosa, lánguida sultana,
mostraba al resplandor del nuevo día
feliz y descuidada.

Mas ¡ay! que en tanto se adornaba el mundo
de sus más bellas y radiantes galas,
la Madre, sin consuelo, su martirio
mostraba con sus lágrimas.

—¡Ay, dulce estrella de mi amor perdida!
¡Ay, deshojada flor de mi esperanza!
¡Jesús, dulce Jesús, hijo adorado!!—
llorando murmuraba.

Y en azul espacio, con angustia,
fijando —¡pobre Madre!—sus miradas,
buscaba de su amor la eterna fuente.
el alma de su alma.

.
Mas ¿qué gloriosa aparición divina
ante sus ojos súbito se alza?

¿Es Jesús quien la mira sonriendo,
ó el mismo afán la engaña?

¿Es Jesús, quien del fondo del Sepulcro
vencedor de la muerte se levanta,
y tiende con amor hacia su Madre
sus manos traspasadas?

¡El es! Su frente, como el sol hermosa,
que punzantes espinas desgarraban,
leves señales muestra, y más que el día
con luz brillante irradia.

Ante el fulgor divino que le cerca,
palidece la clara luz del alba;
y en su sonrisa la creación entera
recibe nuevas galas.

—¡Madre!—parece que sus labios dicen;

mientras la Virgen trémula, admirada,
—¡Hijo!— quiso decir; pero ni un eco
salió de su garganta.

Tendió los brazos con delirio amante
sin encontrar gemidos ni palabras,
y en éxtasis dulcísimo mirando

al Hijo de su alma,

Sin brotar de sus labios ni un suspiro,
sobre el césped florido arrodillada,
á Jesús contempló, muda y temblando
de amor y de esperanza.

.
Entretanto con púrpura brillante
la luz en el Oriente se aumentaba,
y dorados reflejos recibían

los valles y montañas,

Vaporoso perfume que se eleva,
relámpago fugaz, nube que pasa
Jesús desapareció. ¿Por qué tan pronto
te deja, Virgen santa?

¡Ay! Sobre el surco de su amargo llanto
corrieron, sin sentir las, nuevas lágrimas.

¿Siente acaso la flor cuando el rocío
sus pétalos esmalta?

.
En tan solemne instante dos mujeres
se vieron parecer en lontananza
mensajeras de nuevas de consuelo,
de celestiales gracias.

.
Flotando al aire sus cabellos de oro,
veloz como la flecha disparada,
la hermosa y penitente Magdalena,
de su impaciencia en alas.

.
La primera llegó junto á María,
y al ir á repetirle las palabras

que el Ángel del Señor junto al Sepulcro
de decirle acababa,

.
Vió en el puro semblante de la Virgen
de un éxtasis de amor la dulce calma,
y—He visto á mi Señor,—dijo temblando
con amorosas ansias.

Entonces, con la tierna compañera
cayó rendida á sus divinas plantas,
y el amor de tan fieles corazones
brotó en fúlgidas llamas.

III

Entretanto cual globo de rubies
el sol en el Oriente se elevaba,
y sus primeros rayos esparcían
reflejos de oro y grana.
Y alrededor de la Virgen venturosa,
de la Madre feliz y consolada,
como en Belén vibraban los conciertos
de celestiales arpas.

—*Reina del cielo alégrate*—decían
los divinos acentos que cantaban,—

*Aquel que merecistes en tu seno
llevar. Madre sin mancha.*

Resucitó glorioso como dijo.

Y las aves á coro y las auras,
—*¡Resucitó glorioso!*—repetían.—

¡Bendita para siempre esta alborada!

ISABEL CHEIX.



LEGALIDAD DE LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS

Puesto que lo primero que quieren los radicales hacer pasar por demostrado es que las comunidades religiosas no tienen reconocida

Y garantizada su existencia por las leyes vigentes en España, lo primero que debemos probar nosotros es que la tienen y por tanto, que no puede atentarse contra dicha existencia por una simple disposición del poder ejecutivo, como parece que se ha propuesto á Sagasta, sino que por lo menos habría que hacer una ley, votada en ambos cuerpos colegisladores y sancionada por la Corona, para consumir tan odioso atentado.

La proscripción de las órdenes religiosas en nuestro país arranca, legalmente hablando, del decreto-ley de 8 de Marzo de 1836. Por este estatuto, verdadero edicto dráconiano, inspirado en la más fiera y repugnante aversión á la vida religiosa, fueron suprimidos todos los monasterios, conventos, colegios, congregaciones y demás casas de comunidad ó de institutos religiosos, existentes en la Península, islas adyacentes y posesiones de España en el Norte de Africa los beaterios, cuyo instituto no fuere la hospitalidad ó la enseñanza primaria y los conventos de monjas que tuvieran menos de veinte religiosas profesas, fué prohibido á los exclaustrados volver á la vida común y el uso público del hábito religioso. El artículo segundo de esta ley exceptuó de la supresión los colegios de misioneros para las provincias de Asia, de Valladolid, Ocaña y Monteagudo, las casas de clérigos de las Escuelas Pías y los conventos de Hospitalarios de San Juan de Dios.

Quedaron, pues, sin existencia legal en España las congregaciones religiosas, excepto las pocas que se acaban de citar, y no hay que añadir cuánto protestó contra semejante estado de cosas la Santa Sede, para la que nunca tuvo el decreto de 1836 los caracteres de *rationis ordinatio* y *ad bonum commune* que exigía Santo Tomás, y con él todos los católicos, á las disposiciones del poder público para merecer título de verdaderas leyes. Cuando se promulgó el decreto, las relaciones entre la Sede Apostólica y el gobierno español estaban rotas; Su Santidad Gregorio XVI había condenado enérgica y severamente la persecución religiosa, de que la citada disposición no fué sino uno de tantos efectos, en su alocución consistorial de 1.º de Febrero del mismo año de 36.

Los legisladores de 1836 y sus sucesores, inspirados en sus mismos principios, prohibieron las comunidades religiosas; pero no se atrevieron á definir como delito ni falta la contravención á sus decretos. Es verdad que en el Código Penal de 1848 se definía de este

modo la asociación ilícita: «Es también ilícita toda asociación de más de veinte personas que se reúnan diariamente, ó en días señalados, para tratar de *asuntos religiosos*, literarios ó de cualquiera otra clase, siempre que no se haya formado con el consentimiento de la autoridad pública, ó se faltare á las condiciones que ésta le hubiera fijado» en cuyo ambiguo texto hubiera podido comprenderse el hecho de constituirse una comunidad contraria á la ley del 36; pero creemos que jamás fué aplicado aquel Código penal en este asunto, y Pacheco, cuyos *Comentarios* al citado cuerpo legal pueden considerarse casi como su interpretación auténtica, tampoco vé en dichos artículos una sanción á la ley de prohibición de los institutos religiosos.

En esta situación las cosas, se ajustó el Concordato de 18 de Marzo de 1851, en cuyo artículo 29 parece que tratan ahora los radicales de hacer hincapié para demostrar que sólo son legales en España ciertas y determinadas comunidades religiosas.

Como acontece con todas las leyes y documentos que constan de varias partes, el Concordato no puede ser entendido en ninguna de ellas, si no se atiende primeramente á su conjunto, tendencia y espíritu general.

Se dió, como es sabido, el Concordato para remediar en lo posible los males causados á la Iglesia en España desde la muerte de Fernando XII á 1843. Estos males llegaron á su colmo, en la regencia del general Espartero, bajo cuyos gobiernos se llegó á intentar seriamente la separación eclesiástica de España de la Sede Apostólica por medio de un cisma. Su Santidad, no contento con condenar estas tendencias cismáticas en su Encíclica de 22 de Febrero de 1842, concedió indulgencia plenaria en forma de jubileo á cuantos pidiesen á Dios por España; el Arzobispo de París mandó cantar en todas las iglesias de su diócesis, tres domingos seguidos, una oración especial por nuestra patria, y en Irlanda se decía: *Quieren hacer protestantes á los españoles; ganemos el jubileo rogando por ellos*. Estos datos bastan para formarse una idea del estado á que habían llegado las cosas entonces en nuestra nación desdichadísima.

Su Santidad Pío IX accedió al Concordato para remediar en lo posible unos males tan graves, y obrando como ha obrado siempre la Iglesia en circunstancias parecidas, toleró todo lo que podía lícitamente tolerar, calló en todo aquello en que podía callar honestamen-

te, transigió en cuanto podía transigir sin comprometer los supremos intereses puestos bajo su guarda, y todo con la mira de obtener la mayor suma posible de bienes para la Iglesia universal y para el católico pueblo español. Este es el espíritu del Concordato; y el que así no lo entienda, no podrá entender jamás este célebre documento. Pero la materia exige que hagamos aquí punto por hoy.

(De *El Universo*).



MISCELÁNEAS

El pasado martes dieron término los notables discursos pronunciados en la iglesia de Santa María de esta capital por el eminente predicador Rdo. P. Solá S. J. con motivo del solemne novenario á María Santísima en su triste Soledad. Sus discursos, llenos de evangélica unción fueron perfectos y acabados modelos de oratoria sagrada, sin que una frase, un concepto, un pensamiento, pudieran herir la susceptibilidad de los enemigos de nuestra Religión, que, con refinada malicia han acudido al templo no á oír la palabra de Dios brillantemente expuesta por el erudito y correcto jesuita, sino para dar torcida interpretación á lo que han oído y oír lo que solo ellos oyeron y nadie más. Espíritus volterianos cumplen á maravilla su cometido, atribuyendo al orador palabras que no dijo y conceptos por nadie escuchados: pero como la gran cuestión es malquistar á las órdenes religiosas con el pueblo, con la milicia y con la sociedad toda; no se paran en chiquitas y verdad ó mentira atribúyeseles todo lo malo que puede inventar el más refinado maquiavelismo.

Extrañeza grande, é indignación no pequeña, nos causa ver también como ciertos periódicos de esta capital estampan en sus columnas con comentarios rimbombantes, sin temor de herir los sentimientos católicos de los alicantinos, conceptos peligrosos y amenazas no menos impías cuanto más embozadas, al efecto, quizás, de soliviantar pasiones y excitar ánimos que tienen por inmediata finalidad la intranquilidad de los fieles en el templo.

Protestamos como católicos y como alicantinos de esa conducta dañina de los enemigos de nuestra Religión, conducta que tangiblemente manifiesta no ser la causa que á ella les induce buena, cuando con tan ruines medios nos combaten y con tan peligrosas ideas hacen la propaganda de la incredulidad.

Al terminar el sermón el último día de la novena, una turba de muchachos reñidos con la educación y con el respeto que se debe al

templo, trataron de escandalizar y reconvenidos por una buena anciana con mejor buen deseo que con prudencia, dió origen con sus voces á una alarma infundada que no tuvo consecuencias, aun cuando hayan sacado de ella algún partido los enemigos de la iglesia.

* * *

Cerradas las listas de suscripción para la Cruz erigida en el monte de San Fernando recibimos por mano de D. José Giner de esta capital la cantidad de 2'50 pesetas con que contribuyen los vecinos del partido rural «El Moralet» á dicho monumento.

Para satisfacción de los donantes publicamos la lista, que es la siguiente:

Vicente Antón.	0'50 pts.
José Gómis.	0'25 »
Ramón Aliaga	0'25 »
Vicente Pastor.	0'30 »
Vicente Gómis.	0'15 »
Maía Gómis.	0'10 »
Ramón Aliaga.	0'25 »
R. Aliaga Sogalo.	0'25 »
José Antón.	0'20 »
Juan Pastor Amat, del Moralet.	0'25 »
Total.	2'50 pts.

* * *

Por la solemnidad del día de mañana se ha aplazado para el sábado próximo la Vigilia correspondiente al turno de Santo Tomás que había de verificarse esta noche.

* * *

Gallarda muestra de su acendrada piedad ha dado el pueblo de Alicante en estos santos días que acaban discurrir. La visita á los Sagrarios ha sido más animada si cabe que en años anteriores durante el Jueves y Viernes Santo, pudiendo decir que Alicante entero se ha consagrado á los ejercicios de piedad propios de estos días. El orden ha sido completo en todos los templos.

La procesión del Santo Entierro verificóse con inusitada solemnidad, concurriendo muchos fieles y nuestras dignas autoridades civiles y militares.

El fervor católico del pueblo alicantino se ha mostrado ostensiblemente en esta ocasión como en todas en las que se conmemoraron los sublimes misterios de nuestra adorable Religión, y pese á los pecos perturbadores de la paz católica y á los malavenidos con el orden y la cultura, las funciones religiosas hánse verificado con brillantez, seriedad y orden.

* * *

La ejecución del Miserere de D. Francisco Villar Modonés, oído en la insigne iglesia de San Nicolás en las noches del miércoles y jueves último, ha sido magistral. Nuestro distinguido amigo D. Ernesto Villar, bajo cuya dirección se ha verificado tan notable número musical, ha sabido organizar una nutrida y selecta orquesta y un considerable número de voces de lo más delicado de la capital, con las cuales se ha cantado con maestría y gusto el citado Miserere.

Nuestros plácemes al maestro y á todas los artistas que tan acertadamente llenaron su cometido.

* * *

Confortado con los Santos Sacramentos y la Apostólica bendición, falleció el pasado lunes tras larga y penosa enfermedad, nuestro distinguido amigo D. Carlos Faes é Izaguirre.

Dios haya acogido en su santo seno el alma del finado, dando á su familia la resignación cristiana que ha de menester para soportar tan profundo pesar.

R. I. P. A.

* * *

La excelente revista *Archivo Católico* que bajo la dirección de la distinguida escritora doña Antonia Rodríguez de Mollá ve la luz en Barcelona, publica en su último número el retrato de nuestro carísimo amigo y paisano el notable publicista católico D. Benedicto Mollá, director que fué de *El Alicantino* de esta capital.

* * *

Ha visitado nuestra redacción el primer número del nuevo periódico que se publica en Barcelona con el título *El Escándalo*.

El colega ostenta como lema, el de *periódico moralizador*; si para tan alta misión llega al estadio de la prensa, Dios se lo premie.

SECCION RELIGIOSA

CULTOS

Domingo.

San Nicolás.—A las nueve, Horas Canónicas y la Conventual solemne con sermón que predicará el Sr. Segura,

Santa María.—A las nueve, Tercia y misa solemne.

Capuchinas.—A las ocho, Misa de Comunión general por la Guardia de Honor del Corazón de Jesús, y por la tarde, á las cuatro y media, ejercicios con Manifiesto.